

Domingo 18 de Octubre de 2009

«La Palabra, luz para los pueblos» Día del Domund

Este domingo, 18 de octubre de 2009, celebramos el día del DOMUND 2009. Una Jornada en la que resuenan siempre con novedad aquellas palabras de Jesús: “Id por el mundo y anunciad el Evangelio”. Es una gracia de Dios para todos nosotros que en esta Jornada del DOMUND, podamos tener la experiencia, que nos propician todos los misioneros y misioneras, de poder estar muy cerca de todos los hombres, pues a todos tiene que llegar el anuncio de Jesucristo.

Nos acercamos por una parte con el recuerdo de quienes están entregando su vida para que el Señor sea alabado y conocido; por otra con la oración que se abre a la universalidad para que llegue a todos los hombres y muy especialmente a quienes aún no han tenido noticia de Cristo; y por otra parte nos acercamos también colaborando con nuestra ayuda económica en el anuncio del Evangelio a todos los hombres. En este día se nos pide que estemos dispuestos a esta colaboración: Jesucristo sana el corazón de todos los hombres y de todas las culturas.

Esta Jornada del DOMUND 2009, tiene un lema: “La Palabra, Luz de los Pueblos”. Y es verdad, pues como nos decía el Sínodo de Obispos en la proposición 49 de octubre del año 2008: “La Palabra de Dios es un bien para todos los hombres, que la Iglesia no debe conservar sólo para sí, sino compartir con alegría y generosidad con todos los pueblos y las culturas, para que también ellos puedan encontrar en Jesucristo la vía, la verdad y la vida”. Desde esta responsabilidad, nosotros hemos de asumir el compromiso personal y también de comunicarlo a todos los hombres. Compromiso que debe tener estas cuatro características fundamentales:

1^a) Hemos de sentarnos ante Dios y hemos de invitar a todos los hombres a que se sienten ante Dios: “El rey David entró y se sentó ante el Señor...” (2 Sam. 7, 18). Antes de escuchar hay que situarse ante su presencia, ante su rostro. Y esto hay que hacerlo con reposo y sin prisas. En nuestra vida cotidiana, solamente recibimos de pie, cuando son asuntos de trámite, pero cuando invitamos a alguien a sentarse, esto ya es un gesto de amistad, es el inicio de una conversación más personal e íntima. El Señor nos invita a descansar en su presencia, nos invita a asentarnos sin prisas y sin agobios. Nos invita a adoptar la postura de María de Betania: “sentada a los pies del Señor, escuchaba su Palabra, mientras Marta estaba atareada en muchos quehaceres” (Lc 10, 39). Hoy si queremos ser misioneros y si deseamos que los hombres se encuentren con Jesucristo, tenemos que repetir esta escena. ¿Quién es nuestro Maestro? ¿Quién va modelando nuestra vida, criterios, actitudes, escala de valores? San Jerónimo decía que “desconocer la Escritura es desconocer a Cristo” (P. L. 24, 17).

2^a) Hemos de ser conscientes de que “toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar” (2 Tim 3, 16). Nuestra misión es que esta verdad la descubran todos los hombres: La Escritura ha sido redactada bajo la inspiración del Espíritu y debe ser leída también bajo la inspiración del mismo Espíritu. No se trata de un libro meramente humano. Si fuera así, bastaría para entenderlo con ser un filólogo con experiencia en la interpretación de lenguas semíticas. Pero toda la ciencia humana no basta para hacernos penetrar en el mensaje de la Escritura. ¡Qué bien suenan las palabras del Concilio Vaticano II!: “recuerden que a la lectura de la sagrada Escritura debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre” (DV 25). “La Escritura se ha de leer con el mismo Espíritu con que fue escrita” (DV 12). Santa Teresa explicaba a sus monjas cómo ningún otro libro produce los mismos efectos que la Palabra de Dios; “siempre yo he sido aficionada y me han recogido más las palabras de los evangelios que libros muy concertados” (Camino de perfección, XXI). Para leer la Escritura hay que acercarse al texto como a la zarza ardiendo de Moisés; hay que descalzarse, porque se trata de un terreno sagrado (cf. Ex 3, 5). Ir descalzo significa que estamos en una tierra donde no pisamos fuerte, donde no dominamos, donde hay que

“cubrirse el rostro con el manto” ante una luz cegadora. ¿Me doy cuenta de que quien me habla es Dios mismo?

3ª) Constatemos que la Palabra de Dios, “permanece operante en los creyentes” (1Tes 2, 13), para descubrir la grandeza de proclamarla en todos los pueblos: La palabra tiene que ser conservada, atesorada, pero no de una manera pasiva, como mero depósito o almacén, es una Palabra viva, que germina, que crece, que va desarrollando todas sus potencialidades. Conservando y meditando la palabra, iremos descubriendo nuevos sentidos. No vagabundeamos por la Biblia, sino que nos detenemos y gustamos un texto, hasta que hayamos extraído todo el sabor del mismo. Como dice San Ignacio de Loyola: “No el mucho saber harta y satisface el alma, mas el sentir y degustar de las cosas internamente” (Ejercicios Espirituales, 2). “Si hallo lo que quiero..., no pasaré adelante... En el punto en el cual hallare lo que quiero, ahí me reposaré sin tener ansia de pasar adelante hasta que me satisfaga” (Ejercicios Espirituales, 76). ¿Cómo ha operado en mí la Escritura?

4ª) Descubramos los efectos de la Palabra de Dios y sentiremos la urgencia de que todos los hombres conozcan esta Palabra: El salmo 119 es todo él un bellissimo poema de alabanza a la Palabra y a la ley de Dios. La ley se califica como “las delicias del fiel” (v. 24), “dulce al paladar más que la miel a la boca” (v. 103), “antorcha para mis pies, luz en mi sendero” (v. 105), “mi herencia para siempre, la alegría de mi corazón” (111), “justicia terrena y verdad” (v. 142), “un gran botín” (v. 162), “mi esperanza” (v. 49), “mi consuelo en la miseria” (v. 50), “mi refugio y mi escudo” (v. 114), “un bien para mí, más que miles de monedas de oro y plata” (v. 72). Por otra parte, hay una gama muy variada de verbos para designar la actitud íntima que se debe guardar ante la Palabra: “desear” (v. 20), “meditar” (v. 97), “recordar” (v. 55), “amar” (v. 119), “esperar” (v. 147), “creer” (v. 66), “escoger” (v. 173), “confiar” (v. 42), “observar” (v. 5), “guardar” (v. 88), “cumplir” (v. 166), “contemplar” (v. 18), “contar” (v. 13). En definitiva, “los libros sagrados enseñan solidamente, fielmente y sin error, la verdad que Dios quiso consignar en dichos libros para salvación nuestra” (DV 11). “Es tan grande el poder y la fuerza de la Palabra de Dios, que constituye sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual” (DV 21). ¿Cuáles han sido a través de mi vida, los efectos de la Palabra de Dios en mi existencia?

Ante la vocación radical de la humanidad a regresar a su fuente que es Dios mismo, la Iglesia sin confines y sin fronteras se siente responsable del anuncio del Evangelio ante los pueblos. Su misión es llamar a todos los pueblos a la salvación operada por Dios a través de su Hijo Jesucristo. Por eso, todos los cristianos estamos llamados a evangelizar, hasta dar la vida también con el martirio. “La Palabra, Luz para los Pueblos”. ¿Por qué llevar la Palabra a todos los Pueblos? Tres expresiones me sirven para responder: porque la Palabra de Dios cura, la palabra de Dios consuela y la Palabra de Dios ilumina.

Que la Mare de Déu dels Desamparats interceda por nosotros y nos guíe en la acción misionera, para que Ella nos ayude a ser generosos en obras y en oración, en todo tiempo y especialmente en este día del DOMUND, Ella que ha dado al mundo a Cristo, Palabra hecha carne y Luz de todos los Pueblos.

Con gran afecto, os bendice

+ Carlos, Arzobispo de Valencia